

Sobre el horror y el deseo

Marina Lieberman

Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco

La clínica psicoanalítica trata con un sujeto al que le pasa "algo". Algo le preocupa, le molesta, le asusta, lo hace sufrir, algo no lo deja en paz, no se está quieto, no se explica, no se entiende, no se calla. Un sujeto así llega al consultorio de un "profesional" —un psicoanalista, por ejemplo— a pedirle algo. Una solución para los problemas que tuvo, que tiene y que podría tener; una respuesta a todas las preguntas, aunque éstas no hayan sido formuladas; algo que aclare una duda que no se sabe cuál es; algo que alivie un dolor que no se sabe dónde duele. A fin de cuentas, algo que tape un agujero que, por algún motivo, en algún momento, se mostró abierto. ¿Qué hace un analista ante esa demanda? ¿Remendar, parchar, cerrar, suturar, sellar? El sujeto del que habla el psicoanálisis está estructurado alrededor de una falta. Un agujero que funda y que por ser fundante no puede ser llenado. La práctica analítica no puede proponer un "remedio" para una "enfermedad" a la que plantea como motor del deseo y, como tal, del sujeto mismo. El ejercicio del psicoanálisis no es solamente una práctica consecuente con una teoría, sino que ambas están dirigidas por una ética; y ésta es diferente a las éticas del bien, de la razón, de la salud, del deber. Es una ética que propone que la vida no se construya alrededor de un hoyo que hay que tapar, sino a partir del cual hay que crear.

Alguien está parado frente a la ventana de un departamento en un alto edificio y ve hacia abajo. De repente, sin saber por qué, siente un horror insoportable y tiene que alejarse de la ventana.

¿Horror a qué?

¿A caerse?

No, no hay ningún motivo "lógico" para que de estar parado tranquilamente, sobre un piso sólido de un firme edificio, alguien pudiera caerse por la ventana.

Sin embargo, alguien sí podría tirarse.
Horror, entonces, a la posibilidad de tener el deseo de lanzarse.

Otra situación

Alguien va en su coche por una vía rápida y se encuentra con un embotellamiento. La causa: un accidente. Inmediatamente surgen imágenes horribles: heridos, sangre, muertos; hay que pasar por ahí, no queda de otra, se toma la firme decisión de no mirar, se repite a sí mismo, "no mires, no mires, no mires...", pero en el momento en el que había que mantener la mirada al frente, voltea y ve.

¿Por qué?

¿Por qué alguien habría de tirarse por la ventana si no quiere hacerlo?

¿Por qué voltear la mirada hacia donde no se quiere?

¿No manda uno sobre el propio cuerpo?

¿No tiene uno todo bajo control?

No.

Algo escapa al control. Hay algo en ese abismo que horroriza porque atrae.

La vida es un intento desesperado por alejarse de la muerte. Pero la muerte está ahí. Y atrae. Pero atrae.

Hay algo en el sujeto que no tiene que ver con la voluntad y sin embargo, lo mueve. Es un movimiento que no va en el mismo sentido del querer, generalmente va en sentido contrario. Algo lo lleva a donde no quiere ir, a donde cierta lógica diría: "es exactamente el lugar que es preciso evitar a toda costa". Y es precisamente ese lugar en donde a veces uno se encuentra sumergido y no sabe cómo llegó ahí, ni cómo salir, o peor, puede ser que sepa cuál es la salida y aún así, se queda ahí sin quererlo.

La neurosis y su sujeto

La neurosis es un intento por encerrar todo en un orden para poder controlarlo, saberlo, tenerlo, decirlo y ser escuchado.

Intento fallido, siempre, porque no se puede encerrar todo. Hay algo que se queda "afuera", más allá del límite. Algo que uno desconoce pero de alguna manera sabe que está ahí, uno quisiera mantenerlo alejado todo el tiempo, pero retorna. En el cuerpo, en el

repentino silencio en medio de una frase, en los monstruos, en el grito.

Un cachorro humano, que nace en un estado de desvalimiento total, necesita una madre que lo alimente, proteja, cuide y ame, es decir, necesita que otro desee que él viva; pero al mismo tiempo y con una importancia igual de vital, requiere que esa madre desee algo más que a él, que en medio de ese "enamoramiento", en donde el hijo viene a ocupar un lugar primordial en el deseo de esa madre, ella pueda voltear hacia otro lado y lo deje respirar. Ese "otro lado" suele ser el padre de su hijo. El padre tiene que estar ahí rompiendo esa unidad ilusoria madre-hijo, representando con su palabra y su presencia (a veces sólo con la presencia de la palabra, dentro del discurso de la madre) la Ley de Prohibición del Incesto, que funda la cultura y hace posible que el cachorro se constituya como un sujeto (hombre o mujer) que desea y no se quede atrapado en el deseo de la madre como un objeto que la completaría. La madre es incompleta y el sujeto también, entre ellos queda un hueco abierto a través del cual puede circular el deseo, aunque este deseo sea, a fin de cuentas, el de llenar ese hueco.

Éste es el bien conocido triángulo edípico, que precisamente por ser tri-ángulo permite que el deseo se mueva, porque cuando hay dos y falta el tercero, uno acaba comiéndose al otro... y ya sólo queda uno...

El psicoanálisis habla de este sujeto estructurado a partir de una falta. El origen del sujeto es el origen de un hoyo. Hay algo prohibido que impide el acceso al objeto que haría del sujeto un ser completo. Así la ley produce un hueco y de ahí surge el deseo, pero ese hoyo desnudo, siempre abierto, siempre hambriento llama a ser llenado. El hoyo vacío provoca una atracción irresistible y alguien podría desear lanzarse. Entonces, se construye toda una vida alrededor de un agujero, para no verlo, para no saber de él, intentando taparlo con fantasmas, aunque de alguna manera siempre conservándolo abierto, porque así como el vacío asusta, la completud, la falta de ese hoyo, la posibilidad de algo totalmente cerrado, del todo dicho, de saberlo todo, es, al mismo tiempo, insoportable, es el incesto, la locura, la muerte. Sólo hay una forma de tapar definitivamente el hoyo y es ofreciendo la vida. En el caso de la ventana abierta, se podría decir que para eliminar ese abismo que evidencia al ser incompleto separado de la totalidad, habría que arrojarse.

Cuando alguien se da cuenta de que "es" (aunque no sepa qué es) le horroriza la posibilidad de dejar de ser, o de no haber sido. Porque ése es el único hecho irreversible, absoluto.

Uno es —sujeto— porque desea. (Y no al revés: desea porque es). Y lo que se busca no está en ninguna parte. Uno se dedica a buscar entre las palabras habladas, escritas, filmadas, musicalizadas o hechas cuerpo. Y así, se encuentra e inventa la vida. Pero de todo eso, nada era lo que uno deseaba.

El deseo tiene que permanecer insatisfecho para poder continuar deseando y por lo tanto vivo; entonces, uno se aferra a ese deseo siempre insatisfecho; pero eso duele.

Cuando alguien llega al consultorio de un psicoanalista no sabe bien por qué va. Porque algo le molesta, le preocupa, le duele, o algo en él se pregunta y no encuentra respuesta por ningún lado.

¿Qué hace un analista cuando llega alguien así, a pedirle que le diga, cómo, dónde, por qué, que le dé la respuesta, la solución, la receta, que le alivie ese dolor que no se sabe ni dónde duele?

El analista no puede, ni debe dar eso que le piden, porque eso que puede pedirse es lo que Lacan llama la demanda, a diferencia del deseo. El deseo es la pura falta, es este hoyo que no se satisface y siempre pide más. La manera de ponerle palabras a ese vacío que grita es la demanda. Es como el niño que pide "más, más" y sus padres no saben "qué más darle"... es que él mismo no lo sabe, pero demanda más. Eso, que no se sabe qué es, es nada. Si el analista responde a la demanda no deja hablar al deseo, y el análisis es esa búsqueda del camino del deseo. El analista, si algo sabe es que "eso" que le piden él no lo tiene, y más radicalmente, sabe que nadie lo tiene, y que la causa del deseo, de la vida y de la creación es la imposibilidad de tenerlo todo.

El sujeto no sabe que no hay respuesta a la pregunta, que lo que busca no lo va a encontrar nunca, que todo lo que dice no es lo que quisiera decir, que cree estar frente a una realidad objetiva y ésta no es más que una ficción, que lo que busca con tanta pasión más le vale no encontrarlo porque es horroroso y viceversa, que eso a lo que tanto le teme es lo que más desea.

No lo sabe, pero lo sabe. O bien, hay un saber en el sujeto, que él mismo no sabe.

El síntoma, por ejemplo, es una forma de tapar el hoyo, pero a la vez lo muestra. Es decir, en el síntoma se habla, con otro lenguaje, de

eso que es imposible decir. El síntoma es síntoma si al sujeto le provoca algo, sufrimiento, extrañeza, enigma. Sin embargo, no quiere desprenderse de él porque debajo de éste está un agujero, una nada, y para algunos puede ser más "soportable" el sufrimiento del síntoma que la certeza del imposible.

¿Y entonces, una vez más, qué hace un analista ante eso?

La clínica psicoanalítica está dirigida por una ética. Ésta no es una ética del bien, ni del deber, ni de la salud. Es una ética del deseo, y el deseo incluye todas estas contradicciones y horrores que se han mencionado, por lo tanto es una ética que no puede excluir el mal, el horror, la muerte. Porque el origen del malestar está en ese agujero, pero éste es el mismo lugar de donde surge el deseo y con él la posibilidad de crear algo y disfrutar de la creación.

Regresando al primer ejemplo, la pregunta que se plantea es:

¿Qué hace que alguien se aleje de la ventana?

El psicoanálisis ha vuelto insostenible la idea de un instinto de sobrevivencia (en el ser humano). Aunque sería más cómodo seguir sosteniéndolo: "Alguien se aleja de la ventana porque hay un instinto de conservación que le impide arrojar". En cambio, se habla de pulsión. Y se dice que ésta se encuentra en ese vacío que queda al desprenderse el pecho de la boca, las heces del ano, en el hueco que hay entre la mirada y el ojo y entre la voz y la persona que habla.

En la imposibilidad de fusión del sujeto que desea con el objeto de su deseo, ahí está la pulsión; ésta es la fuerza que mueve al sujeto en busca del objeto, pero ese objeto está perdido desde siempre, por eso se busca.

Si lo que hace sufrir al sujeto, lo que él siente como "enfermedad" y por lo que busca "remedio", es que no puede encontrar el objeto que le rellene la falta, o bien no puede encontrar algo o alguien sin falta, y es precisamente esa falta el motor del deseo y como tal del sujeto mismo, sería ir en contra de la propuesta psicoanalítica apelar a cualquier lógica terapéutica que proponga dicho "remedio" evitando "por insoportable" la confrontación con esa imposibilidad.

Georges Bataille lo dice así, por ejemplo:

"El ser nos es dado por un desbordamiento intolerable del ser, no menos intolerable que la muerte. Y, puesto que en la muerte, al mismo tiempo que nos es dado, el ser nos es retirado, debemos buscarlo en esos momentos intolerables en que nos parece que

morimos, porque el ser ya no está en nosotros más que por exceso, cuando la plenitud del horror y del placer coinciden.

Aun el pensamiento (la reflexión) no se cumple en nosotros más que por exceso. ¿Qué significa la verdad, aparte de la representación del exceso, si no vemos lo que excede la posibilidad misma de ver, lo que es intolerable a la vista como el éxtasis es intolerable de gozar: si no pensamos en aquello que excede a la posibilidad misma de pensar?..."

(G. Bataille, *Madame Edwarda*, pp. 27-28)

Así, lo que hace el analista es no cerrar, sino todo lo contrario: abrir. No impedir que eso que el sujeto no quiere ver, aunque lo está viendo, sea visto. Que eso que no quiere decir sea hablado, que lo que no quiere oír sea escuchado. No dar respuestas sino insistir en la pregunta. No intentar satisfacer un deseo con paliativos. No tratar de extirpar algo horrible para después rellenar el hoyo con algo más apropiado. No corregir algo incorrecto. No cambiar lo absurdo por lo coherente. No resolver los enigmas con definiciones.

En última —o en primera— instancia hay que saber que la única posibilidad de colmar el deseo es la muerte, y ni siquiera, ya que el —deseo colmado— de un muerto ya no es deseo, ni es nada de nada.

¿Qué hacer entonces con ese algo oscuro y enigmático?

Precisamente hacer algo.

De esta manera, alguien se aleja de la ventana y escribe un cuento de humor negro, o inventa un chiste sobre suicidas, o hace una canción, o pinta *El Grito*, o construye una teoría sobre la probabilidad de ruptura de los barandales en febrero.

El analista tendrá que funcionar como testigo y posibilitador de esa búsqueda del sujeto. Con cada uno será diferente, porque cada quien tendrá que encontrar la forma de ubicarse frente a esa falta, para que en lugar de dedicar la vida a intentar tajarla sin éxito, dedique la vida a crear a partir de ella.

Lo ominoso está ahí y no hay hechizo alguno que lo haga desaparecer. Puede ser el origen de una parálisis o de una creación. Algunos se lanzan por la ventana. Otros se quedan sentados viendo el accidente y no pueden levantarse nunca. Algunos van a ver a un analista.

Hay algo trágico en toda vida, pero a veces en el peor momento sólo se puede contar un chiste. Un análisis no puede excluir los

encuentros con los monstruos, pero tampoco puede negar que cuando nada tiene sentido ahí está el sentido del humor. El analista tiene que haber conocido el horror para poder estar ahí y soportar que el sujeto se eche un clavado al hoyo y pueda salir de ahí para verlo desde otro lugar. La posibilidad de cambio, la diferencia, la oportunidad de dejar de repetir una misma tragedia generación tras generación sólo se encuentra después de quitarle las tapas al hoyo y echarle un vistazo a la nada, para inventar formas nuevas de relacionarse con ella. Es una pelea reñida contra el lema de la neurosis que parece decir:

*"Más vale síntoma conocido
que agujero por conocer"*

Referencias

- Bataille, Georges, *Madame Edwarda*. México, Premiá, 1985 (Los brazos de Lucas, 17)
- Lacan, Jacques, Seminario "La ética del psicoanálisis", 1959-1960, Texto establecido por J.A. Miller, Barcelona, Ed. Paidós, 1988.
- Seminario "Aún", 1972-1973, Texto establecido por J.A. Miller, Barcelona, Ed. Paidós, 1985.
- "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo", en *Escritos*, tomo 2, México, Siglo XXI Ed., 1988.